

# Las cosas que sabías

INÉS CONDENANZA, LUCÍA CARRERAS



# **Las cosas que sabías**

# Las cosas que sabías

Inés Condenanza, Lucía Carreras

## Índice

No me duele más	5
Las cosas que sabías	9
Minuto para ganar	15
Agustín espera a Tata	19
Te cantamos la cuarenta	25
Si mal no recuerdo	29
Pitucón	34
Qué nos va a matar	39
Correrse de la sombra	41
Lo que duele es la consigna	45

*Si algo mortifica a una niña es que le recuerden que lo es, y que la despidan con un “vete, querida” resulta aún peor.*

Louisa May Alcott, *Mujercitas*

*Pero ahora sé demasiado; como alguien que escucha furtivamente, siento que casualmente he oído una historia irrefutable sobre mí misma y por eso debo ir de a poco, debo guardármela para mí hasta estar lista. Como si sostuviera un vaso lleno, sin ser capaz de moverme, temerosa de los derrames.*

Claire Keegan, “Nombre raro para un niño”, *Antártida*

# 1

## No me duele más

*Hay un perro en la vereda sentado justo en mi camino. Atravesado, obstaculizando el paso, lamiendo sus partes y ajeno a lo que lo rodea. Imagino que está siempre ahí, en cada velorio. Juzgando a los integrantes de las familias. Quién llora más, quién hace los chistes. O tal vez sólo quiso estar en este, en el que me toca vivir hoy.*

María Soledad Fernández, *Un perro en la puerta de la casa velatoria*

A los catorce años tuve sexo por primera vez. No quiero contar una típica historia romántica con velas y pétalos de flores, pero no puedo negar que tengo un hermoso recuerdo de ese momento. Fue con mi primer novio oficial, Gerónimo, que tenía dos años más que yo. Lo conocí en el cumple de quince de una chica que iba a mi colegio, un año más que yo. Él era amigo de sus amigos, y los había invitado después de las doce. Se acercó, charlamos un rato sobre cómo conocíamos a la cumpleañera, me pidió mi mail y me preguntó si me molestaba que me agregara al Messenger. Él era bastante tradicional pero con algunos cambios. No le pidió la mano a mis papás para casarse conmigo y así oficializar que ya estábamos teniendo relaciones sexuales. En cambio, después de semanas de besos cada vez más intensos, manos cada vez más largas y cuerpos cada vez más húmedos, me notificó que él ya estaba listo para “algo más”, y que me iba a esperar lo que fuera necesario. Algo así como “¡Cuando estés avisame nomás!”.

Mi hermana mayor, Mili, ya me había hablado del protocolo a seguir en caso de que yo también quisiera. Estábamos en su pieza, ella dijo que se iba a comprar un corpiño lindo y yo le dije “¡pero a mi me encanta el que tenés puesto!”. Era de algodón gris, con forma de top escotado, se prendía atrás con los dos típicos ganchitos, y adelante tenía escrito “Sweet girl” en letra manuscrita. Ella me dijo “No, no... uno lindo... lindo”, y largó una risa enorme, con la boca gigantesca y los ojos chinos. Se ve que yo puse cara de asco, porque cuando terminó me dijo “ya vas a querer vos también”. Yo le grité suave “¿estás loca?!” y por suerte me contestó:

—Así empezamos todos. Primero te da asco, después de a poco te das cuenta que no te resulta tan asqueroso pero que no querés, hasta que un día, de repente, te empieza a parecer... posible.

—¿Vos cómo te diste cuenta?

—Y, porque te das cuenta. Cuando decidí que yo también quería, le dije a mamá. Ella me llevó a la ginecóloga para que me explique cómo cuidarme. Una noche lo invité a Gero... ¿te acordás de Gero?

—¡Como Gero!

—Si... pero no es el mismo, ¡jaja! Lo invité a casa a dormir, y le dije que ya estaba lista.

Unos meses después, me di cuenta de que me moría de ganas y lo hablé con mi mamá. Estábamos en la cama grande, ella se estaba durmiendo y la desperté para hacerle una pregunta. Quizás, de afuera parece que le estaba pidiendo permiso, o mi mano. Pero lo que le estaba preguntando era si me llevaba a la ginecóloga, porque con Gero teníamos ganas de “algo más”. Después, le dije a él: “¿te acordás de eso que me dijiste? Bueno... yo también”. Se contuvo

mucho para no expresar con toda su cara la felicidad, o la excitación que sentía. Agregué que primero quería ir a la ginecóloga y rezongó un poco, porque él ya sabía cómo había que cuidarse, pero yo me puse firme en esperar para “hacer cualquier cosa”.

La mujer no habló mucho. Me dio unas pastillas anticonceptivas y me dijo que había que usar preservativo para no contagiarse enfermedades. “Al principio duele”, soltó como una bomba de estruendo de las que asustan a los animales en las fiestas, y agregó: “Y las primeras veces también, pero después ya te acostumbrás”. ¿Después de cuánto dolor? Me fui de ahí pensando que todo lo que necesitaba saber sobre cuidados ya estaba resuelto. Y también me fui convencida de que las relaciones sexuales iban a doler siempre, y que yo tenía que trabajar para acostumbrarme a eso.

El 14 de febrero del 2009, salí a bailar con mis amigas. Éramos, sin duda, las menos salidoras de todo el boliche. A ellas casi nunca las dejaban salir a “noche”, como decíamos, y la matiné las entusiasmaba, así que tampoco armaban tanto lío por eso. A mí me dejaban si sabían que Gero iba a estar ahí. Cuando les daban el sí, nos llevaba y traía Gustavo, el papá de Sofía, y habíamos negociado que el punto de encuentro fuera la esquina y no la puerta de Fresa, donde estaban los grandes de todos los colegios. Gero fue con sus amigos. Estuvimos mirándonos de lejos como una hora y media. Nosotras éramos de los pocos que bailaban en la pista, sin tomar nada acodados en la barra. Transpirábamos tanto que teníamos que ir al baño a mojarnos la cara y la nuca cada diez minutos. Hartas del calor y del humo de los cigarrillos que parecía disparado de máquinas, salimos al patio a tomar aire. Él se había comprado una cerveza y cada tanto venía y nos convidaba. La única que aceptaba era yo, que me mojaba los labios para hacer de cuenta que tomaba, pero lo cierto es que no entendía por qué tomaban pis caliente. Se acercaba la hora en la que Gustavo nos pasaba a buscar, y yo le dije a Sofi: “Mi mamá me dejó quedarme hasta más



tarde con Gero, así que él me acompaña a casa”. Ahí nomás, me dio la mano y mientras señalaba la puerta con la cabeza me dijo: “¿Vamos?”

Nos fuimos caminando con una leve llovizna, de las molestas, con el frío esperable de la costa Atlántica en febrero, y un ritmo cardíaco que intentaba esconder mirando para abajo. En la calle solo pasaba algún que otro auto con cumbia a todo volumen, y algunos grupitos de chicos caminando y tomando algo del pico, probablemente vodka con jugo Tang. Cruzamos la puerta de entrada y la de mi pieza en silencio. Nos acostamos mientras nos besábamos y me tocaba todo el cuerpo. Tenía un modo de acariciar que me hacía sentir cómoda. Yo solo lo abrazaba para no quedar como una zarpada. Estaba quieta, por miedo a hacer algo que no le gustara o me hiciera quedar mal con él. Le respondía los besos con más besos, y lo tocaba como siempre, por arriba del buzo. Me preguntó si me podía sacar la ropa y le dije que sí con la cabeza. Con un gesto que no recuerdo exactamente cuál fue, me dio a entender que era el momento de desvestirlo. Solo me animé a sacarle hasta la remera, y el resto lo hizo él. Ya desnudo, se fue a buscar el preservativo que tenía guardado en la billetera, me lo dio y yo le dije: “No, yo no”. Y cuando se estaba volviendo a acostar sobre mi, un frío parecido a una patada eléctrica se instaló en mis piernas y en mis brazos. Esperé ese dolor del que había hablado la ginecóloga y me prometí ser fuerte, no poner cara, no gritar, no quejarme. Me penetró por primera vez con cuidado, despacio, y una vez adentro se quedó quieto unos segundos. Apreté fuerte los puños, cerré los ojos y sellé la boca.

—¿Te duele? ¿Me quedo quieto o me muevo?

—Ya me acostumbré, no me duele más.

## Las cosas que sabías

*Cuando pudo arrancarse de la nuca los ojos imaginarios que lo seguían todo el tiempo, fue capaz de hacer un gesto de verdadero fastidio y de convertir esa mueca en una máscara para la noche.*

Claudio Zaiger, *Nombre de guerra*

Todo cambió a partir de la carta que me enviaste, Hilario. La leía en cada viaje aunque hayan pasado algunos años. ¿Qué habrá sido de tu vida en el callejón de adoquines? Viajaba con menos frecuencia desde que cerraron los talleres ferroviarios. Elegía los últimos vagones, porque ahí recibía mejor el viento que entraba por las ventanillas que otros pasajeros dejaban abiertas y nadie cerraba. Me encantaba que el viento golpeará en la cara y despabilara. Me encantaba ese viento.

Tres días después de la discusión con mi padre abandoné la ciudad de Posadas y viajé hacia Puerto La Plata. Eran tiempos donde el río prometía libertad y arrastraba a otra orilla cuerpos anestesiados.

Durante el viaje me anoticiaron que habían depuesto al gobernador “Toto”. Lo reemplazaron por un delegado de la Junta Militar. Tenía prisa en dar con un teléfono para llamar a la casona de

Hilario. Me saludó con voz escabrosa. Me guardaría, en un principio, cinco semanas. Cinco viernes. Cuatro fiestas.

*Y te diré al oído:*

*nace en tu tierra*

*fecunda*

*los vientos de este sur*

*cercano.*

*Me contradirás:*

*muere un sol libre*

*y temprano*

*justo en el pliegue de tu antebrazo.*

*Pestañearemos dos veces,*

*tres,*

*y bailaremos en puntas de pies*

*girando alrededor de alguna mesa*

*borracha.*

Ese poema me recitabas de pie y contorsionando la cintura, Hilario, sobre una tarima improvisada con tirantes de madera y adoquines. Era la apertura de las fiestas que organizabas

todos los viernes con maricas amigas. Hacías todo lo posible por complacerme. Después de varias noches, ese poema sería mi alimento.

En las vecindades cercanas al Canal Santiago las casas estaban construidas con chapas y maderas. El viento y el río hacían su parte. Corroían y teñían de ocre las planchas de metal que a su vez se mezclaba con otros colores de pinturas.

Una mañana con pronóstico de frío y niebla salí de la casona buscando la de Marchu y Lili, artistas plásticas que planeaban imprimir y divulgar imágenes sobre triángulos de tela blanca, antes de exiliarse. Ellas necesitaban un soldador para armar los bastidores. Yo, iba a buscar las novedades para Hilario.

Hice varias cuadras desde la estación de trenes. Me sorprendieron las miradas que asomaban a través de las ventanas frentistas, que se cerraban a medida que marcaba el paso. Los movimientos me hacían dudar. Debía ser una película de terror. Deslizaban los postigos con la velocidad de una hormiga. Apagaban las luces que reflejaban alguna sombra en la vereda. El silencio retumbaba contra las chapas como algo a punto de explotar. Algo que no querían ver.

En la última ventana se reflejó la luz del automóvil que hacía la ronda vespertina. El conductor activó una señal de alerta al que estaba sentado al lado y frenó. Se miraron entre ellos. Giraron la cabeza hacia las otras casas que aún tenían las ventanas abiertas. Se quedaron así durante algunos minutos. El que manejaba amagó con abrir la puerta, mientras el otro levantaba el dedo índice y hacía círculos en el aire. Tropecé con una piedra y agilicé las manos en los bolsillos del gamulán para esconder los impresos que se habían desparramado por el suelo. Me llamó la atención uno pegado sobre la ochava, perforado con disparos y borroneado con óxido. Cuando intenté

descifrar las últimas palabras, ayudándome con el resplandor del auto encendido, me apuró la urgencia. Tampoco quise ver. Caminé hasta regresar a la casona, la única que irradiaba claridad.

Tu morada tenía una escalera de hierro que conducía a la sala principal, donde recibías y también guardabas a otras maricas. La azotea trasera la habías reformado después de la noche de la balacera, la que te despertó con lluvia de maderas y cascotes. Aprovechaste la altura de las paredes y construiste un entretecho para aislar voces y sonidos. En el extremo dejaste una cámara de inspección por donde te asomabas cada tanto y visualizabas los movimientos externos. Lo demás, era un espacio soberbio. No faltaba ropa, ni pelucas, ni perfumes, ni copias de llaves. Nada, excepto un escenario.

La estructura la soldé con un antiguo soplete de bronce que funcionaba a kerosene. Usé hierros de bajo calibre para facilitar el desarme y traslado. Conseguí bulones para asegurar las uniones y atornillé listones de madera dura que encontré cerca del río. Por esos días estaba haciendo tareas de mantenimiento en Astillero, lo que me ayudaba a lograr ese tipo de trabajos.

Recitabas poemas mientras yo me remangaba la camisa. Colocaba el soplete a pocos centímetros del acero cuidando que las chispas no te llegaran a los ojos. Usaba una pequeña máscara de tela que habías diseñado con pañuelos de colores. Lograba costuras precisas, pero si el trabajo se embrollaba agregaba retazos de hierro para rellenar huecos. Ese tablado elevaba la voz más revoltosa que alguna noche se haya escuchado en el callejón.

*Muere la certeza de ausencias*

*y pálidos recuerdos de miedo.*

*Nace una revolución color plata,*

*perfumada con liliams*

*y sonido de acero.*

Las noches de viernes eran previamente panfleteados. Me encargaba personalmente de cada detalle. Recostado sobre la escalera de hierro escuchaba las indicaciones que me dabas: personas, lugares, horarios, información y escondites de llaves. Antes de salir las memorizaba. Me arrimaba a los ventanales indicados. Abría las celosías. Arrojaba el impreso. No miraba. Continuaba la marcha.

Esperabas mi regreso antes que oscurezca. Cuando llegaba, suspirabas estirando los brazos hacia el techo. Ya habían pasado tres semanas, tres viernes, tres fiestas y mi pelo se esponjaba cada día más, como el de Donna Summer. Entonces bailábamos y reíamos, sabiendo que esa noche habría celebración, explosión de color, cuerpos iluminados y hedientos protegidos por el zinc.

En las fiestas me llamabas “Julián, obrero de acero”. Solos, luego de guardar los bulones en la caja y apilar los listones de madera en el sótano, mirabas y aclamabas “¡Ju, mi pirajú!”. Iniciabas la entonación cerca del oído. Estirabas los labios y arqueabas la espalda para conseguir notas cada vez más altas. Eso lo habías aprendido en la Facultad de Bellas Artes antes que cerraran las carreras. Ubicabas las manos formando dos jarras en la cintura luciendo los matices en las uñas. Aprovechabas la única fuerza que tenías. ¡Labios escarlata! Cambiabas la afinación y el ritmo mientras descubrías la densidad del alimento que te llenaría. Eso era lo único que no compartías.

Los siguientes viernes tenían más vidrios rotos en las banderolas y menos estolas de colores. La noche que celebrábamos el cumpleaños de Marchu, aseguraste la puerta y los postigos. Preparaste el vestuario en las perchas de madera que colgaban de los caños y decoraban la sala. Conectaste las luces de colores. Repasaste las copas. Ofreciste un cóctel.

El quinto viernes, identificamos entre el humo y la multitud que uno de los cuerpos no brillaba. Tampoco reía. Nos miraba como contemplando especies en el zoológico. Algo lo perturbaba. Esperó que subieras al escenario para dar inicio a la fiesta. El hombre estaba parado con las manos en los bolsillos del pantalón gris, cerca del tablero monofásico. No dejaba de mirarte y acompañaba cada movimiento con la cabeza sin perder detalles. Después de escuchar el poema y gemido inaugural, golpeó la chapa haciendo saltar el portafusibles de cerámica al suelo. Sacó una linterna de acero del bolsillo y te arrinconó contra el decorado de brillantinas. Presionó las manos a la altura de las pulseras. Se aprovechó de la única fuerza que no tenías. Recitaba poemas necios al oído. Te agitaba un evangelio en la cabeza. Afilaba la mirada. Imponía terror por la fuerza. Hablaba de aprobaciones. Juraba por Dios y la patria. Proponía silencios. Inventaba nombres. Se reía.

—¡Invertidos! —gritaba con ronquera.

—¡Inmorales! —pronunciaba sarcástico mientras se trababa el cinto en el pantalón.

Sabías. Y también sabías otras cosas que me fuiste diciendo al oído mientras guardábamos los bulones en la caja de madera y encontrábamos un bolso.

### 3

## Minuto para ganar

*Después de que sonara una pequeña campana todo el mundo iba a sentarse, no sólo los que ya estaban en sillas de ruedas.*

Loorrie Moore, “Enemigos”, *Gracias por la compañía*

Mi hermano nació dos años, ocho meses y trece días después que yo. Hay una foto del día en que llegó a casa. Estoy sentada en mi cama rodeada de quince almohadas y almohadones, sosteniendo al bebé con los brazos sobre mi regazo. La tengo guardada. Del otro lado están escritos nuestros nombres con lapicera negra y la fecha “8 de agosto, 1995”. Es mi foto familiar preferida.

Ese año ya me mandaban al maternal. Cuando papá me llevaba de vuelta a casa, se iba enseguida. Él decía que tenía que trabajar y mamá decía que mentía, si ya nadie tenía trabajo. En ese momento, Luca lloraba mucho entonces yo le daba besos en la frente y en las manitos. Me acuerdo de ver muy de cerca los dedos doblarse y estirarse, una y otra vez. También le daba la mamadera y lo hamacaba hasta que se dormía. Cuando cumplió un año, mamá me dijo que esa silla me la quedara para jugar con todas las muñecas que año a año me fueron regalando.

Papá llegaba a la noche, cuando nosotros dormíamos. Siempre llegaba enojado con mamá, pero no sabíamos por qué. Nos despertábamos con gritos y golpes de cosas que se caían al piso. Ella se quedaba tan triste que se encerraba todo el día en la cocina. Lo dejaba a Luca en una silla de bebés en mi habitación. Cuando quería ir a ver qué hacía no me dejaba entrar porque me iba a



llenar de olor a tuco. Del lado de afuera de la puerta, escuchaba golpear el vaso contra la mesa. Se la pasaba tomando “gotas para el dolor”.

La casa tenía pisos de madera oscura, paredes blancas con humedad y manchas de salsa roja, y un techo que con Luquita decíamos que era alto hasta el espacio exterior. Se entraba por el living y lo primero que se veía era un sillón marrón caca con las plumas del relleno aplastadas, y un piano que ocupaba casi todo el espacio. Si pasábamos por ahí mamá nos gritaba: ¡¡No lo toquen que es una reliquia familiar!! De la cocina no me acuerdo nada. De mi pieza sí, porque me encantaba. Las sábanas eran blancas y tenían muchas Barbies. La cama estaba apoyada contra una pared blanca con agujeros y roturas donde se veían los ladrillos. Me hubiese gustado pintarla de rosa, pero mamá decía que solo había para fideos con tuco. La almohada era tan finita que terminaba apoyando la cabeza en el culo de Luquita. A veces se enojaba porque no lo dejaba dormir bien y se iba a su cama. Volvía para vestirnos antes de ir a la escuela.

Cuando yo cumplí siete, no me dieron regalo. Yo ya sabía que no había plata porque mamá tomaba cada vez más gotas. Igual me hubiera gustado soplar la velita los cuatro juntos, aprovechando que papá ya no trabajaba y estaba todo el día en la casa (salvo cuando hacía “changas”). Luca siempre estaba en mi cuarto. Desde que llegábamos del jardín y después de la escuela, nos quedábamos ahí hasta que se iba a dormir. La tele estaba prendida todo el día para no escuchar las peleas de nuestros papás. Íbamos cambiando entre Cartoon Network y Nickelodeon. Nuestro dibujito preferido era Los Padrinos Mágicos. Se trataba de un nene que tenía un padrino y una madrina mágica. Lo rescataban de los problemas y le cumplían los deseos. Me acuerdo que después, cuando apareció Disney Channel, estuvimos varios días mirando solo eso. Mi hermano se sentaba indiecito en el piso, con los codos apoyados a la altura de las rodillas y la cabeza sobre sus manos. Y yo mientras le cambiaba los pañales a mis muñecas, también la

ropita, les daba la mamadera, las bañaba, les ponía la colonia Mujercitas que me habían regalado para algún cumpleaños, y las acostaba a dormir. Cuando los gritos se ponían cada vez más fuertes, subíamos el volumen al 100, y nos mirábamos un rato. Luquita me preguntaba, “¿qué hacen mamá y papá?” Y yo le decía “están jugando un juego”. Nos seguíamos mirando hasta que uno se empezaba a reír.

Vivíamos a dos cuadras de la playa pero nunca nos gustó ir. Odiábamos morder arena, volvíamos hechos milanesa y eso a papá la hacía enojar mucho. Apenas entrábamos, nos quedábamos parados con las manos pegadas a las piernas, en la alfombra negra tejida de la puerta. Lo veía acercarse con algo en la mano, me ponía un paso adelante y le pedía que me llevara a mi sola. Pero nunca funcionaba, entonces un día con Luquita inventamos un juego para jugar solo en ese momento: los dos teníamos que contar para adentro hasta un minuto, y ganábamos si terminábamos al mismo tiempo. No importaba si estábamos temblando en la ducha fría o esquivando chancletazos. Cuando llegáramos al minuto, había que mirar al otro. Solo así ganábamos.

Al principio nos costó mucho. Ganamos solamente la última vez que lo jugamos, dos años después de haberlo inventado. Yo estaba abriendo un paquete de Mediatarde y escuché que mamá le gritaba a papá que hasta los billetes que traía eran mentirosos. Él se enojó tanto que rompió todo el piano de la bisabuela mientras gritaba: “¡¡No tenemos nada, Andrea!!”. Luca lo vio desde el pasillo. Salí corriendo, lo agarré del brazo, lo metí conmigo en la pieza y cerré la puerta con llave. Nos sentamos uno frente al otro, cerramos los ojos y contamos para adentro. Yo podía sentir cómo movía los pies segundo a segundo marcando el tiempo, entonces aproveché y me sumé. Cuando abrí los ojos, vi que Luquita los abría al mismo tiempo. Gritamos “¡¡SIIII!!” y nos abrazamos muy muy fuerte. El ruido del vidrio contra el piso nos sacó de la emoción. Esta

vez sentí que sus piernas temblaban, y no pude concentrarme en nada más. El volumen ya no tapaba los gritos. Entonces le dije:

—Luquita, cerrá los ojos. Seguimos jugando, pero esta vez vamos a contar hasta cinco minutos. Andá levantando los dedos cuando hayas pasado uno. Y cuando llegemos a cinco, abrimos los ojos. Seguí contando desde donde estás.

Me paré y sin hacer mucho ruido fui hasta la puerta. Salí, lo dejé encerrado con llave, y fui al pasillo para espiar qué estaba pasando. Vi a papá y a mamá mirándose, con los ojos muy abiertos. Él la estaba acostando en el suelo, intentando apretarle el pecho, como si no quisiera que ella dejara de mirarlo. Capaz que no quería ganar el juego para no tener que dejar de jugar.

Volví muy despacito a mi pieza, y Luquita todavía seguía contando. Me senté frente a él a esperar que terminara. Sin abrir los ojos me preguntó: “¿Qué están haciendo papá y mamá?” Y yo le dije:

—Sigamos jugando.

## 4

### Agustín espera a Tata

*La quemadura se ampolló, luego se secó y le quedó una pequeña cicatriz, como una mancha de nacimiento. Y es lo que era, finalmente, esa cicatriz.*

Camila Sosa Villada, “La raíz del miedo”, *Tesis sobre una domesticación*

Pasan cuatro días, cinco, de la última transmisión en vivo desde el Estadio Azteca de México. Percibo que la final del campeonato mundial también la escucharemos a través de LR2 Radio Argentina. Otra vez ese padecimiento. Me encanta la voz del relator porque narra las jugadas como en una película de ciencia ficción. Días atrás hablaba de un barrilete cósmico. Algo de otro planeta, que había entrado en el estadio y metió el gol. Eso me encanta. Pero esta vez, juro que por esta vez, quisiera verlas por televisión.

Este no es como el que tiene Agustín: en color, con control remoto, binorma, con sistema PAL. Tiene una ruedita que gira para un lado y para el otro hasta trabarse en un canal “con lluvia”. Además, desde que instalaron las torres de Entel a pocas cuadras de casa, merma la señal de los canales o directamente anula la recepción. Por eso mi papá improvisa maniobras con la tenaza. Siempre hace el mismo ritual. Retuerce un trozo de alambre. Hace un rulo. Dos rulos. Trepa al techo. Los introduce en los extremos de la antena. Intenta desviar la señal. Mamá da

instrucciones técnicas desde abajo. Él rezonga. Orienta por cuarta vez nuestra antena con dirección perpendicular a las de Entel. Falla.

Pasa otro día. El sintonizador no recibe señal. El rulo no funciona. El cable parece resquebrajarse en las puntas. Papá resopla mientras, sentado con las piernas abiertas en una silla de caño, mira el almanaque que cuelga de la pared de la cocina y suspira. Parece resignarse. Mamá no. Todo lo contrario. Ahora, únicamente funciona el audio que, para avivar el ánimo de la casa, reproduce una publicidad oportuna:

*¡Cuadrato veintiuno! Primero y único en Argentina. Televisor Hitachi. Con tubo cuadrado y plano. Control remoto dual con indicador de volumen y canal en la pantalla. Mayor ángulo de visión sin distorsión de la imagen y con apagado automático. Cuadrato veintiuno. Te mire por donde te mire, ¡qué bien se te ve!*” —presenta el locutor en Canal 9 Libertad.

Es sábado. Faltan pocas horas para que cierren las puertas de *La esquina del hogar electrodomésticos*. Tengo esperanza y extrema concentración. Mamá y papá entran a su habitación. Escucho el chillido de la puerta del ropero. Dan marcha al motor del Ford Falcon Ghia que está guardado en el garaje. Vuelven con una caja de cartón que tiene un moño argentino pegado en el dorso. ¡Se produce el milagro!

Parece una escena apresurada pero ya estoy sentada frente a la tele rodeada por mi cábala: guantes, camiseta blanca y celeste, camiseta azul y bandera. Todo, en ese orden.

El par de guantes, como los que usa Pumpido, es mío. Me lo regaló Agustín para mi cumpleaños. En eso miento y digo que son de él, para que mamá no insista con “¡sacáte eso, Dina, que no es juego de nenas!”. Digo que Agustín es fanático de Rocky Balboa y que amedrenta con dar

trompadas a los compañeritos de salita verde que me pelean y dicen que soy nene. En eso también miento porque Agustín no sabe nada de boxeo. Ni cerrar el puño como Rocky. Ni acomodar el pulgar descansándolo levemente sobre el índice. Ni empujar del pecho para enganchar un revés. Como el guantazo que di a Emanuel el día que me rompió la camiseta que llevaba en la mochila y desparramó todas las figuritas que aún no había pegado en el álbum.

Las camisetas de la selección, la oficial y la alternativa, también son mías. Siempre gano el concurso de preguntas y respuestas sobre el mundial que organiza la seño los viernes. A mamá no le gusta que las vista, entonces las apoyo sobre la mesa y, como si las tuviera encima de la piel, las acaricio abajo del escote, entre el escudo de la AFA y el del patrocinador *Le Coq Sportif*. La bandera es la misma que mamá expone en el portillo de entrada a casa los días patrios, para el aniversario del pueblo y para el día de la Patrona Nuestra Señora del Pilar.

El estadio está lleno de gente que viste ropa liviana. Acá tenemos encendido el calentador que funciona a kerosene y que tiene grabado sobre el tacho de bronce en alto relieve BRAM METAL. Cuando entran los jugadores el relator dice que “¡el honor ya se ha conquistado, ahora, a alcanzar la gloria!”. Estoy de acuerdo.

La formación de la selección está confirmada y tiene a los mejores. Juega el vecino Tata. Inhalo y exhalo. Inhalo. Exhalo. Papá estruja la punta de los dedos contra los dientes y escupe hacia el costado de la mesa restos milimétricos de uñas. Mamá toma apuntes de todo lo que dice el relator. Refiere a “¡el orrrrrguullo y nerviosismo que debe sentir Clotilde!”, la mamá de Tata, quien vive a cinco casas de la nuestra. Recuerda los pedidos que ya hizo a Clotilde acerca de que “¡cuando vuelva Tata vamos a poder sacar muuuuchas fotos con él”.

Inflo el pecho y grito como lo hace el relator de Radio Argentina, “¡Goooooooool!... ¡Tatagoooooooool”, y tengo ganas de ir hasta la vereda para gritar más y más fuerte, hinchar el pecho y correr con la camiseta puesta, pero eso es algo que “no hacen las nenas”. No puedo ni respirar. Tata se lesiona el hombro y sufre un dolor extremo. El relator dice que además de ser autor del gol, “Brown tiene mucha importancia, por su actitud, su actuación, su presencia”. Intentan sacarlo del campo de juego para atenderlo. ¡Él no se quiere ir! No se va. Yo tampoco.

Mamá se levanta y trae el cuadro que tiene la imagen del Papa Juan Pablo II. La besa. A mí me da miedo la báculo que él sostiene con la mano izquierda. Mejor, acaricio mi cábala. Tata vuelve al campo con la camiseta agujereada a la altura del abdomen. En el hueco, cuelga el pulgar y sigue corriendo. ¡La cábala funciona!

Con Agustín tenemos la misma edad y estamos en el último año del jardín, salita verde. A mí me gusta la vela de cumpleaños que muestra la edad sin rodeos. El número expuesto, de una. En cambio a él le gustan las velas sueltas. Contemplar una por cada año que conmemora, encajadas prolijamente en la masa, niveladas según la altura, tamaño y color. Hace un mes y medio, él, sopló cinco velitas. Yo, el número cinco. Me hubiera encantado una torta con la silueta de una pelota N°5 pero “las nenas soplan velitas en tortas de nenas”.

Gracias a la cábala Tata vuelve campeón mundial. Llega este sábado al pueblo.

Vamos a recibirlo en el auto que siempre conduce papá que luce un imán con la imagen de la virgen de Luján en el torpedo, una cinta ancha argentina y un rosario que cuelgan del espejo retrovisor. Nos unimos a la caravana y a los bocinazos. Nos escolta el autobomba de Bomberos Voluntarios.

A Tata lo esperamos sobre la calle Hernández Castro, frente a la Municipalidad. Hay gente grande y no tan grande. A su vez, una tarima de madera de diez escalones ubicada frente al palco en donde nos exhiben y toman fotos. Somos seis. Juan y Carlitos lucen bombachas de gaucho, botas, chaquetas, camisas, escarapelas, pañuelos anudados al cuello y sombreros. La que está sentada en el último escalón, acurrucando las manitos sobre los volados del vestido y levantando las cejas, es Karen, que tiene atuendo y maquillaje similar al mío. Yo estoy erguida entre los dos gauchos que miran a la cámara, compungidos. De los seis, el único que aplaude y sonríe a la fotógrafa es Agustín.

¡Agustín está chocho! Sujeta con ambas manos una banderita argentina de plástico mientras abre los ojos y muestra todos los dientes de leche. Tiene dos remeras superpuestas: una polera con mangas largas verde flúo debajo de otra con mangas cortas color rojo. Ambas, dentro del short. El detalle memorable está en las medias can can en composé con la polera y en el sombrero mexicano legítimo.

—¡Paráte derechita, Dina! ¡Así salís linda en la foto, mi amor! —eso me pide mamá mientras sostiene con las manos la bandera argentina, la cartera, los abrigos y yo pienso en una respuesta que clarifique esta situación de una vez y para siempre.

—¡Te cuento que estoy in-dig-nada, mamá! Dudo si hoy también se conmemora algún acto de la escuela porque tengo el mismo vestido con volados y puntillas que usé el 25 de Mayo, el 9 de Julio y el 11 de Noviembre. Me arrepiento muchísimo por no haberte reclamado antes de venir: quiero recibir a Tata con un vestuario acorde a un mundial de fútbol, el short de tafeta, las medias de toalla de papá y la camiseta oficial de la selección con el número cinco estampado en la espalda y perforada a la altura del abdomen. ¡Tata tiene que escuchar



que sé perfectamente que ese agujero sirve para colgar el pulgar de la mano derecha e  
inmovilizar un hombro luxado, mamá!

¡Alguien me tiene que escuchar!

## Te cantamos las cuarenta

*Con el pucho de la vida apretado entre los labios,*

*La mirada turbia y fría, un poco lerdo el andar,*

*Dobló la esquina del barrio y, curda ya de recuerdos,*

*Como volcando un veneno esto se le oyó acusar.*

*Las cuarenta. Gorrindo - Grela (1937)*

Había quedado con Sofi en leer para un examen y enviar audios a Gonzalo que, desde que lo aceptaron para trabajar en una empresa de repartos de comida a domicilio en bicicleta, no cazaba una. Llegué a la pensión ubicada en la Calle 2 cerca de la Estación de trenes a las ocho. Éramos cinco para dos arepas, doce cervezas y una orden del día que auspiciaba una jornada extensa.

Nadie había pagado el alquiler. Esa noche era prioritario reunirnos, estudiar y organizarnos para la concentración en apoyo a trabajadores de Astillero Río Santiago. Cuando Sofi apoyó el destapador de botellas sobre la mesa, entró “Señor Burns”, el que zarandeaba los labios al hablar y acostumbraba a recaudar el segundo día de cada mes.

Me miró buscando algo y se detuvo en el pañuelo que colgaba de mi bandolera. Levanté un vaso de vidrio mientras él frotaba con el pulgar el anillo en la mano izquierda. Exigió el dinero

sermoneando buena predisposición para solucionar “el temita de siempre”. Sofi sacó de la mochila una lista escrita y borroneada con “cuarenta peticiones urgentes”.

Señor sentenció a pagar dentro de las veinticuatro horas en una dirección cercana: una cochera ubicada sobre la Avenida 1 de la cual también era propietario. Amenazó con llamar a la policía y desalojar. Mientras escuchaba cada reclamo de Sofi se enfadaba y anotaba en una servilleta de papel los nombres, apellidos, nacionalidades y fechas de ingreso. Reflexioné acerca de que nunca llamó por los nombres. Tampoco había dado el suyo. Así fue como lo apodamos “Señor Burns”.

Emanuel, el que se recogía el pelo crispado con una “colita” multicolor, parecía contemplar Valencia y fue hasta la habitación a buscar la guitarra. Cata, la de muñequera y campera con tachas me ofreció un pedazo de arepa masticada. Le pedí cuchillo y tenedor. Tachas giró la cabeza y miró a Sofi. Inmediatamente sonreí amplio para mostrarle los brackets de alambre que me cercaban los dientes. No funcionó. Continuó diciendo algo que nadie escuchaba.

Señor hablaba cada vez más alto. Colita miraba hacia la puerta que no tenía picaporte mientras la de rastas me invitaba con un trago de cerveza del pico. Acepté y acerqué la mano. Tachas volvió a mirarme, esta vez, los alambres, mientras apoyaba un tobillo arriba de la rodilla y me levantaba el pulgar. Sofi cantaba cada vez más alto. Rasta bailaba con la cabeza.

Moví el celular y vi que ya llevábamos veinticinco minutos escuchando el sermón de Señor Burns. También habíamos dado unos cuantos sorbos de las botellas. Tachas no dejaba de mirarme la boca y eso me encantaba. Ella era como esos tragos de cerezas y espuma que después de un monólogo de falsedades, hay que probar.

Cuando escuchamos a Señor cerrar la puerta desplegamos sobre la mesa los pinceles y pinturas.

*¡¡¡Qué cagazo, qué cagazo. Obreros y estudiantes como en el Cordobazo!!!*

Necesitábamos terminar la bandera para la próxima movilización que, otra vez, sería histórica:

¡Qué de pinceladas damos para habitar el desconcierto, Señor! Y vos ahí, con tus mañas, tus aires, tus ojos con duda, tus gestos de revés, tus desplantes, tus ganas de nuestra bronca por no escucharte nombrar lo sensible. Qué diferente interpretamos la idea de aplastar.

Al día siguiente Sofi aseguró que Burns me imaginó “carancho” y que bajó dos cambios. También reveló que ella le siguió el juego. Primero, me reí. Luego, comenzamos a jugar. Él me imaginó carancho y nunca supo que su autopersecución era la mejor solución para Sofi, Colita, Rasta, Tachas y para mí, por el momento de mierda que habíamos pasado.

Señor era un partido ganado. Me contacté como abogada. Envié Carta Documento y le comuniqué una falsa denuncia penal con destino a juicio. Armé una causa verosímil. Solicité documentación de habilitación, residentes, contratos, seguro e impuestos. Intimé a presentar la documentación dentro de las veinticuatro horas. Sumé a la petición lo de la cochera. Lo cité en un bar ubicado en el centro. Fui con otra falsa abogada. Burns, no asistió. Presentamos una orden trucha de allanamiento e inminente detención por peligro de fuga.

Señor Burns sabía que lo tenía sucio. Logré mejor arreglo de lo planeado. Pedí resarcimiento económico por daños psicológicos, y el traslado gratuito de todas las pertenencias. Colaboré en la causa y en la mudanza. Logramos sacar todo de la pensión. O casi todo. Los muebles y las bolsas con ropa salieron en un primer camión. Embalamos los instrumentos de Colita que fueron en la misma camioneta que trasladaba las macetas de veinte litros y las lámparas led.

Dejamos una nota pegada en la pared del baño:

*Señor, esta asamblea interna decide que:*

*Nos llevamos la cocina el calefón y el calefactor que instaló alguien sin matrícula que enviaste y estaban a punto de explotar aunque consideramos que todo todo se oxida menos los cuerpos que bailan y pensamos que todo todo explota cuando nos abrazamos y damos batalla, se van también los cajones de cortinas apolillados el bidet con sarro y la grifería que goteaba no te costaba nada darle un vistazo como a las ventanas que no abrían y a las puertas que no cerraban eso se solucionaba con mínima voluntad y no como lo que pasaba con las llaves de paso seguramente había que picar paredes pero podrías haber aprovechado para solucionar lo de la instalación eléctrica eso sí era de lo más peligroso porque estaba en corto por culpa de la humedad del piso y de las paredes nos llevamos también el último rollo de papel higiénico que nos quedaba pero te dejamos el inodoro que tenía olor a cloaca y nunca tuvo tapa el que nombraba Sofi cada vez que aparecías a sacarnos plata sin anuncio sin permiso y sin saludo porque lo urgente era el impuesto de alumbrado barrido y limpieza que no nos correspondía ni el inmobiliario ni las expensas ¿por qué traías fluido Manchester? no somos cucarachas ni ratas acá no hay consorcio hay hermandad y encima no sabés quiénes somos ni por qué estamos no hay contrato ni derechos ni memoria por eso te dejamos la única ventana que abría para que intentes tener otra mirada del mundo pero nos llevamos los vidrios fantasía porque el nuestro se viste con los colores del orgullo porque esa noche que humillaste a Tachas y a la novia no fue la única vas a volver a repetirlo una y mil veces y sabé que de primaveras también se viste nuestro mundo y que por fin nos vamos: ¡a algún lugar donde se respire el perfume que de noche dan las flores!*

*Nos vamos.*

## 6

### Si mal no recuerdo

de: **Sol Rodriguez** <solrodd@gmail.com>

para: agustinacanseco@gmail.com

fecha: 16 jul 2018 12:50

asunto: Nosotras somos amigas

enviado por: gmail.com

firmado por: gmail.com

seguridad: Cifrado estándar (TLS) [Más información](#)

Qué cosa rara la memoria. Hay momentos en los que me dejo llevar solo por lo que está pasando ahora, y pienso que lo bueno se terminó para siempre. Extraño ver el sol entre tus mechones de pelo rojizo llegando hasta un paredón destruido por el tiempo sin cuidado, mientras tomás una quilmes del pico y después me la pasás. No quiero ir sola a ese banco en el que me contabas todas las veces que tu viejo te encajaba a tu hermanita, mientras ella caminaba por el subibaja y te gritaba para que vieras todo lo que podía hacer sin caerse, y sin tener miedo. Nosotras, cruzadas de brazos, la mirábamos y le gritábamos “¡¡¡Qué grosa!!!”. Y ahí nomás me mirabas fijo y me agradecías por bancarte una vez más con eso. Y después, no me acuerdo qué hacía yo. Qué te respondía. No me acuerdo si te abrazaba, si te decía que no era nada, si te decía que lo seguiría haciendo toda la vida. No me acuerdo si te dije la suficiente cantidad de veces lo que te quería.

Hay una noche en especial que pensé que había sido como cualquier otra. Creí que solo recordaba la sangre viajando como en la autopista por mis venas, y mi cabeza a punto de explotar en medio de mi discusión interna sobre si te daba o no un beso. Pero a medida que pasan los días, recuerdo mucho más. Nos quedamos cantando canciones de Taylor Swift en el patio de casa mirando el cielo apenas estrellado, y al otro día nos quedamos dormidas para ir al colegio. El calor incendiario de los últimos días de noviembre nos provocó ganas de probar la cerveza por primera vez. Esa noche con olor a birra, al chicle de los labiales con brillo, y a pata, hoy reemplaza tu ausencia. Tenías puesta una remera grande rosa, gastada, con unos agujeros por los que veía tu corpiño blanco por momentos. Sentí vergüenza cuando me di cuenta que no podía parar de mirarte, de querer darte la mano o de probar la cerveza de tu boca. Apoyé la cabeza en tu hombro y vos me acariciaste el pelo hasta que nos quedamos dormidas. A la madrugada, mi vieja nos encontró y nos mandó a dormir a la pieza. Tenía muchas ganas de que te acostaras conmigo, pero te tiraste en el colchón del piso y no me dijiste ni hasta mañana.

Mientras escribo esta carta, en mi cabeza suenan todas las canciones que cantamos juntas alguna vez. ¿Cómo recuerdo esas letras, yo, que no me acuerdo ni lo que comí ayer? Youtube todo el día: Ariana Grande, Miley Cyrus, Selena Gomez, Los Jonas Brothers. Me pregunto qué hacía mirando tanto para afuera con los tremendos artistas que hay acá. ¿Por qué no Miranda? Siento que eso es lo que me pasó con Leo, cuando me puse de novia. A mí me gustabas vos, pero lo esperado era que yo saliera con él, y me distraje con eso. Después de esa noche en la que mi mamá nos encontró en el patio, ella me dijo: “Qué buena amiga Agus, ¿no?”. Mi papá le respondió que era divina y que además le iba bien en el colegio. Pero ella acentuó el “¿No?”. Entendí que se estaba asegurando de que vos fueras efectivamente mi amiga, y nada más. Ese “¿No?” suena en mi cabeza muchas veces por día, aunque esté leyendo o mirando videos de

gatitos, escucho el “¿No?” explícito de mi vieja, y el que no dijiste vos, cuando te abracé por la cintura y te dije que te tenía que decir algo, y vos me dijiste “Nosotras somos amigas”. “¿No?”

Seguro ya sabés, pero por las dudas te cuento que tuvimos que cerrar el kiosko. Si mal no recuerdo, somos la cuarta persiana que se cierra solamente en mi calle. Mi viejo está mal, y bastante insoportable. No nos deja prender el calefactor y mi vieja lo entiende, pero con el mambo de la tiroides se caga de frío y no dice nada. Discutirle a mi viejo, jamás. Cualquier cosa que le pido aunque sea para el colegio me responde “tarifazos, Sol, donde mierda te pensás que estamos”. Un mal humor infumable todo el día en la casa. Y yo lo entiendo. Para él, ese kiosko era su vida. Vos sabés. Cada aniversario lo festejaba con más ganas que con las que hacía los patys para mis cumpleaños. Ojalá pudiera venir a verlo, o a abrazarme mientras.

Hoy me acordé de tu primer día en el colegio. Te presentaste como portadora de sangre azul. Sin que nadie te preguntara, contaste que eras hija de Mario Cafiero y nieta de Antonio Cafiero, aunque ninguno ta haya reconocido jamás. Dijiste que eras amante de la filosofía, de los poemas de Susan Thenon y de los chistes sexuales. Mientras, abrías los ojos bien grandes, quedaban centrados en los anteojos que ocupaban la mitad de tu cara. Después los cambiaste por unos más chicos pero con marco de pasta animal print. Las primeras semanas te chupaba un ovario el uniforme y caías con zapatos de charol plateados y una chalina azul puesta en la cabeza como un turbante. Maru, que en ese momento era re gila, te bardeó por eso una semana entera, hasta que la acorralamos en el baño, ¿te acordás? Te estaba costando hacer amigos, puede que tus excentricidades hayan tenido que ver. Y yo me acerqué y te dije que si te molestaba lo que estaba haciendo, no tenía problema en que le diéramos un susto. Después, cuando formamos la comisión de género y empezaron los escraches, Maru pasó a ser nuestra amiga. Cuando



volvamos de las vacaciones de invierno, en vez de volver a sentarte conmigo, seguramente te sientes con ella. Maru es genial, pero no te va a hacer las pruebas de inglés porque es re correcta.

Estoy en el techo de casa, con la campera verde que me acompañaste a comprar cuando decidí decirle a mis viejos que estaba a favor de la legalización del aborto. En ese momento, todavía salía con Leo. Te conté lo que él me decía sobre el feminismo. “Estás repitiendo lo que dicen las otras, no tenés ni idea de lo que hablás”. A mí me dio un poco de vergüenza creer que podía estar diciendo cosas que no había leído en un libro, o que de pronto se volvían tan difíciles de hablar con mi familia, o con mi novio. Te conté también que mi papá se la pasaba diciendo: “globos amarillos, globos violetas, nos hablan de estas cosas de las mujeres para no hablar del hambre que nos están haciendo pasar”. Y vos me dijiste: “Nadie puede decirte si sabés o no sabés sobre género, porque nadie sabe más que vos las cosas por las que pasa una mujer”. Entonces yo fui y le dije a mi papá: “Así como los globos amarillos no borran lo mal que la estamos pasando, los bombones y el ramo de flores no borran las injusticias que nos pasan a nosotras”. Una semana después, con la comisión de género estábamos haciendo una intervención sobre violencias. Algunas ponían el nombre del chabón que, según entendían hace muy poco, las había abusado, o incluso violado. Yo te dije que no tenía un nombre así para poner, y me dijiste: “A veces la violencia no es física o algo muy obvio, ¿no?” Entonces yo escribí en una cartulina violeta: “Me hicieron creer que lo que decía no merecía ser escuchado”, y más abajo “#NiUnaMenos”.

Estoy contenta de volver a clases en una semana, porque empiezo a creer que no voy a volver a verte por fuera del colegio. Habíamos quedado en anotarnos juntas en la universidad en diciembre, pero por el clima y las caras que hay en casa, creo que voy a tener que trabajar en vez de estudiar. Al menos por el 2019. Además vos no me respondés, no me escribís, y sé que me ocultaste las historias, porque no pasarías ni tres días sin subir una selfie. Me duele, porque no te

hice nada malo, Agus. Y puedo seguir nuestra relación de amistad como si nada más pasara, como hice este año y medio en el que nunca te diste cuenta. No éramos tan amigas como dijiste si ya no puedo contar con vos. Tengo el recuerdo de que si algo me pasaba, si sentía que se caía el mundo, vos estabas ahí, dando algún consejo o simplemente escuchando. ¿Recuerdo bien? ¿O estoy forzando la memoria? De verdad me lo pregunto, no quiero provocarte nada malo con esto, pero me sincero conmigo y me doy cuenta de que la memoria es una cosa rara. Mi viejo se pregunta eso a veces: “¿Vivíamos mejor hace unos años? ¿O ahora estamos tan mal que la memoria se distorsiona?” Y a mí me quedó dando vueltas. ¿Por qué discuto si lo que siento ahora, este dolor, esta falta, esta angustia, es real? Si asumo que ahora la estoy pasando para la mierda, ¿no es obvio que antes estaba mejor?

No te preocupes, no espero respuesta, espero que no sientas ese compromiso. Ojalá estés bien, que las pesadillas de violadores hayan parado un poco, y que en tu casa no falte el calor.

Te quiero, Agus. Nosotras somos amigas.

Sol

## 7

### Pitucón

*Me vi en el espejo del vidrio de la puerta de tu living y me asusté. Creí que era un fantasma. La pollera tomó vuelo y confundí su movimiento con una presencia.*

Malén Denis, “Las llaves abren puertas”, *Litio*

Todo, absolutamente todo se puede enmendar con un pitucón. Solamente se necesita cumplir con siete pasos y medio: seleccionar retazos armónicos; diseñar el dibujo; enhebrar la máquina; coser dando pedaleadas cortas; surfilar a mano los bordes; soltar un margen de costura; lucir; no tocar nunca más.

Esto me dijo mi mamá a los cinco años y medio cuando caí de una bicicleta enorme encima de la estantería que torció la horquilla y el manillar. Mi pullover también sufrió una avería, algo enmendable. Mamá recolectó retazos de tela que guardaba en una valija, preparó el carretel y la máquina *Singer* que había comprado por esos días con pocos australes. Seleccionó el que más se asemejaba a la textura de la lana. No al color. El retazo que más se parecía a la textura de la lana. No al detalle gris clarito que tenía en los puños y contrastaba con el dibujo de adelante. A la textura de la lana. Mamá pegó el recorte de tela viyela cuadrillé en los codos advirtiendo un pachwork paradójico.

A los trece años y medio tropecé con la raíz de un tilo viejo en la vereda y rompí el jean azul a la altura de las rodillas. Para ese entonces ya sabía usar la *Singer*. Me encargaba de hacer mis pitucones respetando los siete pasos y medio: seleccionar, diseñar, enhebrar, coser, surfilar, soltar, lucir, no tocar nunca más. Los cosí arriba de las rajaduras. No sobre las roturas. Arriba. A esas las raspé y abrí intencionalmente con la sierra de un cuchillo. Así se usaba. Y a mí me gustaba.

Algunos años después no me caí, pero igualmente tuve que diseñarme un pitucón. Ese es un tema que solo hablo, a veces, con la psicóloga en las sesiones de los miércoles a mediodía porque trato de respetar el último paso que aprendí a los cinco años y medio: no tocarlo nunca más.

*(Miércoles 16/06/2021 a las 12:30,5 - Terapia)*

Nunca pasa algo urgente un miércoles a mediodía. Hago, como siempre, una introspección previa durante el viaje. Miro un punto fijo a través de la ventanilla. Miro a la gente que mira un punto fijo mientras camina.

Llego temprano. Toco el tercer timbre. Camino setenta y siete pasos y medio hasta el último *ph* mientras digo algo absurdo al gato que se cruza por el pasillo. Me siento en tu sillón. Te digo que hoy no tengo algo trascendental para decir. Que es difícil adaptarme a esta “nueva normalidad” y salir de la eremita. Que prefiero las sesiones virtuales. Que es un mal día para hacer terapia. Lunes sí. Los lunes son excelentes para eso. Ese día los pensamientos son un gallinero.

Hacemos como siempre: vos cruzás la pierna derecha por encima de la otra pierna mientras ordenás hojas y hojas blancas lisas y yo elijo el almohadón que será testigo de que “hoy no tengo

algo trascendental para decir”. Hacemos silencio. Miramos un punto fijo durante aproximadamente quince segundos y medio. Mi punto fijo es la enredadera de la medianera que veo por la ventana. Tu punto fijo soy yo.

Para justificar los veintinueve coma cinco kilómetros del viaje rompo el mutismo contando de Mercedes, la que me hace masoterapia, y reiki, y preguntas. La que, después de cinco meses y medio de fricciones en la espalda me interroga: “¿Por qué te hiciste eso en la espalda? ¿Por qué la gente hace eso que no se puede sacar nunca más? ¿con qué necesidad? ¿Te dolió mucho?”. Sé que fueron más preguntas. Le respondí que “eso es un pitucón”. No volví.

Otra vez, silencio, punto fijo y espero tu pregunta predecible: “¿En qué te quedaste pensando?”.

Gracias a que hoy es miércoles y a que los miércoles no pasa nada urgente, traigo a la terapia el tema de que todo, absolutamente todo se puede enmendar con un pitucón. Y que solamente se necesita cumplir con siete pasos y medio.

¿Recordás que te conté sobre el taller de escritura que voy los sábados? Me dieron una actividad: escribir un relato breve. Voy a titularlo “*El arte de coser un pitucón sobre algo roto*”. Como esa vez en que la profesora nos pidió tramar una autoficción y escribí sobre mi primera vez con una chica y eso estuvo bueno porque ahora nunca más tendré que hacer el esfuerzo por recordar esa escena, porque ya está escrita en algún lugar.

—¿Esta vez también funcionaría así? ¿Para recordar?

—Que ya la perdoné. Quizás lo trame en “segunda persona”. No sé. Necesito que me ayudes con esa idea. Pensaba en la segunda persona para desvincularlo de mí. Estuve indagando bastante acerca de ese tema dentro de la psicología.

—¿Con qué idea desvincularte?

—Para no sufrir.

—¿Y funciona así? ¿Cómo es que lo pensaste en segunda persona?

—Claro, lo pienso en segunda persona, pero, ¿no sabría a quién hablarle! ¿A mí? ¿A ella?

—¿O a quién?

—Eso me pregunto, ¿A ella, o a mí?

—¿O a quién más?

—A vos.

—Ahhhhhh ¡¡¡Que no te estarías desvinculando tanto!!! —exclama la psicóloga, la miro, estrujo el almohadón y voy hasta otro punto fijo, el zócalo de granito verde.

Recorro visualmente el zócalo durante veinte segundos y medio. De izquierda a derecha. Izquierda. Derecha. Escucho música de fondo. El estribillo repite: “...*como querías, los días, los días...*”. Siento la canción y pienso en la “sincronicidad”. A ese tema ya le habíamos dedicado una sesión completa. Habíamos hablado de las coincidencias entre una realidad interior y una realidad externa, en la que los acontecimientos se vinculan a través del sentido que nosotros le damos.

Tomo entonces a esa “primera persona del plural” y “segunda persona” de la canción como representación de sincronicidad.

Ya está.

Pondré en práctica el último paso que aprendí a los cinco años y medio. No tocaré nunca más el tema pitucón. Jamás miraré lo que está debajo de “este pitucón”. Voy a escribir ese relato breve en primera y segunda persona, hablándole a ella:

*—¡¡¡Las trompadas que me diste porque no quise ir al recital y te dejé otra vez plantada celosa de Flor la que brilla como astro y con los tickets en la mano te fuiste igual y yo hice lo peor rompí con bronca el libro que te había regalado ella y me recosté serena y sin ropa sobre la cama pero volviste y tu enojo cuando viste el destrozo ¡ayyy ayyyy qué enojo de piedra rebotando en mi espalda! y sé que fueron una, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ¡ocho ocho ocho! porque desde ese día no puedo nombrar números pares y siempre agrego “medio punto” “y medio” o “coma cinco” para anular esa idea simétrica y dejar atrás o abajo ese número del espanto, y siempre peleábamos por lo mismo entonces me cuestioné por qué esa forma de convocarte rompiendo muchas hojas de un libro y seleccioné retazos de lunas diseñé un dibujo armónico pero tuve que pedirle a alguien que cosiera este pitucón por mí porque el carretel de la Singer no caminaría sobre algo tan grueso y roto y cómo te quería pero coser un pitucón sobre algo tan grueso y roto!!!*

Un tatuaje con mi diseño incomprensible.

Una mano abierta al lado de un barrilete al que se le soltó el piolín.

## Qué nos va a matar

—¿Qué hace ese señor?

—Para mí es el dealer de los vecinos.

\*\*\*

Ahora los vecinos saludan. Pasa caminando una señora de pelo largo y canoso. Mira cómplice y dice “25 grados a las diez de la mañana, esto nos va a matar”. Sigue caminando. Su queja en clave de gracia delata su gusto por el encierro. A mitad de cuadra, un tipo revuelve la basura. La señora le pide que deje las bolsas ordenadas. El tipo se va. La señora lo saluda con una mano agitadora y se mete en su casa. Un cuarentón con cuellera de deportista y joggineta se tropieza en la vereda de enfrente. Nos mira. Chequea si lo vimos. Lo miramos. “Qué virus. Estas veredas nos van a matar”. No más vecinos caminando. No tiembla el piso por los colectivos. No hay olor a combustible. El calor del asfalto podría derretir la suela de las ojotas. Arriba, un sauce quizás de más de sesenta años nos da sombra. Atrás, la puerta de la casa en la que ya no queremos estar. Somos dos.

Cómo te levantaste hoy, cómo dormiste, cómo estás, qué te dijo tu papá, quiere saber si estoy mejor, tu mamá está mejor, mi vieja quiere venir a traerme cosas, ya le dije que ya tenemos todo, boluda te quiere cuidar, está preocupada, vos sos de riesgo, día trece, cuándo se va a terminar esto, voy a pasar mi cumpleaños en cuarentena, hago más mate, menos mal que no estamos solas, y a nosotras qué nos va a matar.



\*\*\*

—Mirá, ahora está allá. Se cambió de lugar.

\*\*\*

El del portón verde no ha salido en toda la cuarentena. Es un pelado con un perro marrón grande como una bici rodado veinticuatro. En esa entrada donde suele dejar el auto ahora hay una moto que se cambió de lugar. A dos cuadras del Parque Saavedra los colectivos y los perros desertaron y el tipo de la moto se cambió de lugar. Las verdulerías de las esquinas de los dos lados están cerradas. Se quedaron sin nada. Ni aceite. No están los colores en cajones de madera. No están los colores.

Estamos vestidas iguales viste, short de jean y remera gris, mandémosle una foto a mi hermana, más cerca del tronco del árbol que las hojas del sauce tapan mucho la luz, amiga quedate acá.

\*\*\*

—Se está tocando.

\*\*\*

Qué hacemos, entramos, llamo a la policía, qué carajo va a hacer la policía, le grito, no jodas, no hay nadie, llamo a un vecino, entremos, vamos, no, pará, qué te pasa imbécil, estoy llamando a la policía sabés, pelotudo, rajá de acá pelotudo, ah ahora te vas machito, desagradable de mierda, ah se cagó viste, vos agarraste la llave, vos te mandaste, pero vos ibas a entrar, pero ni en pedo te dejo sola.

## Correrse de la sombra

*El problema es que aún no veo cómo se podría haber evitado esa falsa impresión. ¿Tal vez si hubiera rechazado la galleta?*

Lucia Berlin, “Estrellas y santos”, *Manual para mujeres de la limpieza*

La casa de mis abuelos era como una exposición fotográfica permanente. Si hubiera sido una galería, la muestra se hubiera llamado “Lo que importa”, en carteles como los de “Cuidado con el perro”. La abuela siempre nos pedía fotos nuestras para tener en su casa. Aunque no estuviera en la imagen, quería la copia. Algunas las guardaba en el cajón de la mesa de luz y otras las ponía en portarretratos que después transformaba en disparador de temas de conversación con sus amigas y vecinas: edad, trabajo, estudio, hija de cuál, padre de quién, prima de otro país, viejos amigos de la familia, comida preferida, dónde vive, cómo es su carácter, quién es.

En el comedor, había más de 20 portarretratos colgados en una de las paredes, donde estaba apoyada la mesa de madera tallada. Al lado había una mesita con rueditas que sostenía una lámpara y el teléfono fijo. Había cuadros y fotos de distintos tamaños y colores. Me acuerdo una mi abuelo con Alfonsín en blanco y negro, una a color de mi primo Joaquín, el primer nieto varón que tuvieron. Abajo del todo, casi a la altura de la mesa y no de los ojos, había un marco

marrón cuadrado de siete centímetros, vacío, porque la única foto que entraba había salido oscura.

El abuelo Polo siempre tenía una cámara en mano, a veces dos. En las reuniones familiares nos pedía “júntense, más, un poco más, ahí”, y había que esperar el click. Debe tener alrededor de cien cajas de negativos y diapositivas reveladas. Los colores de los bosques del sur y de los cerros del norte argentino, no van a encontrar un mejor lugar donde vivir que en las fotos del abuelo. Igual que mi abuela Marta.

Fue la persona más retratada por él. Parada en jardines florales, en la puerta del hotel al que se iban todos los años de vacaciones en Bariloche (desde su luna de miel), sentada en bancos de las plazas de las ciudades que visitaban, o en restaurantes. No hay fotos de mi abuela cocinando, oliendo las flores o caminando. Hablaba por teléfono desde que se levantaba hasta que se acostaba. “¿Qué decís querido cómo te va?” No teníamos que hablar todavía. Seguía: “Oíme...” y ahí arrancaban las preguntas que después teníamos que responder en orden. ¿Por qué no hay registro de eso? Cuando cortaba, anotaba lo que había hablado en forma de listas de cosas que quería tener en cuenta, o hacer. Había listas para todo: cumpleaños, quehaceres, trabajos o carreras de los hijos y los nietos propios y ajenos, actividades programadas, eventos sociales, pensamientos. Cuando me aburría de las conversaciones telefónicas, me iba al patio a escuchar los pajaritos en las ramas del limonero, y a las hojas moverse con el viento. Al lado del árbol estaban las sogas de las que colgaban los pantalones y las camisas enormes y formales de abuelo. ¿Dónde se colgaba la ropa de abuela?

Mientras esperábamos la comida, la abuela me preguntaba por la escuela, mis amigas, sus papás, los chicos, las películas que había visto y la música que escuchaba (me dejaba ponerle muy fuerte). Me contaba historias de ella y el abuelo, de ella y su hermana Chiti, del abuelo y sus trabajos, del abuelo y la política, de mis papás cuando estaban juntos, de mi mamá y sus hermanos. Pero sobre todo me preguntaba si estaba enamorada de algún chico, y cómo se coqueteaba ahora. ¡Cómo le gustaban las historias de amor! Sonreía, juntaba las manos y las ponía cerca de su cara, y decía “Aaay, me encanta, mi divina”. Una vez le conté que mi novio iba a salir a bailar y que a mí no me dejaban. Me pidió que le mostrara una foto, pero no tenía. “Yo una vez lo encontré a Polo con otra”. “¿Y qué hiciste? ¿Lo perdonaste?” “Yo lo amo a tu abuelo”. Después fuimos a la cocina a ver cómo iban las papas a la crema. Me quedé mirando las ventanas empañadas por el calor del horno, y vi que las botellas de vidrio vacías también estaban transpirando. Le pregunté si quería que las llenara y me dijo: “Vos cuidás mucho la casa, es muy lindo eso”, sosteniendo la mirada y con una sonrisa cerrada y estirada.

Cuando llegaba la hora del almuerzo sabía que el abuelo Polo por fin salía de su estudio. Lo esperaba parada enfrentada a la escalera, con el uniforme del colegio puesto, apretándome los dedos mientras lo veía bajar de a un escalón a la vez. Bajaba cantando, chiflando o haciendo alguna cara graciosa que completaba con un chiste (sobre mi escasa altura) de camino a la mesa. Si hablaba durante el almuerzo era para pedir el vino blanco seco, más carne o hacer un chiste sobre cualquier cosa. A veces ella le preguntaba algo y el respondía sí o no con la cabeza, con movimientos que duraban varios segundos hasta que empezaba a hacerse el gracioso con eso. Cuando terminábamos, se comía un postrecito de dulce de leche, ponía el labio de abajo como haciendo puchero para decir que quería otro, la abuela le decía que no, y sonaba el timbre.

Entonces él se levantaba, se sentaba en el sillón color manteca que estaba al lado de la mesa, apoyaba la cabeza en el respaldo y cerraba los ojos exagerando ronquidos. Entraba Omar, su amigo, se servía un café y se quedaba charlando con mi abuela un rato, por si Polo “se despertaba”.

A los trece años, hice esta lista en mi diario:

*A tener en cuenta:*

- *Hacer listas es útil*
- *Enamorarse de un chico es divino*
- *Cuidar la casa es lindo*
- *Las fotos tienen que salir bien*
- *Soy petisa*
- *Aguante el olor a café*
- *Dormir cuando quiero*

Abajo, pegué un recorte de una foto que salió movida. La saqué de un álbum que encontré guardado en una caja en el placard del baño de mi casa. Era de mis abuelos en una navidad, se ve el arbolito de fondo, él sentado en el sillón con los ojos cerrados, y mi abuela abriendo un regalo. La corté a ella para que entrara en la hoja, quedó un cuadrado perfecto de siete centímetros.

## Lo que duele es la consigna

*Piensa ahora, a veces, en marcharse de este lugar. Se entretiene con la idea, ya ha pasado varios días entregada a la fantasía que va perfeccionando, como un prisionero que mentalmente lima los barrotes de su celda.*

Sylvia Molloy, *En breve cárcel*

20 de mayo de 2001

¡Hola, muchacha!

Recién terminé de leer tu carta y necesito responderte, aunque no disponga de tiempo. Por eso, le voy a pedir encarecidamente al señor que atiende en el correo que pegue en el sobre la estampilla del cóndor andino con las alas abiertas, así llega volando, como la última que me enviaste vos. ¡Qué cosa la tecnología del nuevo siglo! ¡Parece que todavía viajan en carreta!

No veo la hora de ir al pueblo para estar con vos y los chicos. En Buenos Aires la gente camina con la velocidad de muerte súbita. ¡El mundo está loco! En cambio allá, hasta los microbios que viven en la tierra tienen quietud. Y por eso a nadie se le ocurriría meterlos en un sobre y enviarlos por correo para envenenar a alguien, porque llegarían durmiendo.

¡El mundo ha enloquecido, muchachita! ¡Como nosotras! Que nos llevamos de las manos en este viaje a la luna y nos miramos las córneas para soltar peso. Hasta que las brujas dejen de hablar por hablar y empiecen a hablar por amor. Yo, estoy loca, que broto entre el lodo alcanzando tus manos y veo estrellitas verdes que mojan como lluvia. Y vos, que florecés sintiendo mis ganas, que sos como un ojito de agua brotando entre las piedras. ¡Afuera la cordura!

¡Me haces reír cada vez que nombrás “bichocanasto” a la señora Carmela! Desde que comprobaste que dice bobadas la tenés entre teta y teta. Lo decís junto, “¡bichocanasto!”. Yo entiendo que te referís a la forma que tiene el cuerpo, como bloque de hormigón indivisible, y a la forma de hablar, de lado, torciendo la mandíbula y los labios. Pero para que sea un bicho canasto o bicho del cesto, esta señora no debiera salir, justamente, de su casa. ¡Y María Carmela Ferrando de Lázari viaja por el mundo, corazón! Va todos los inviernos a la Sociedad Rural para exponer su hacienda. Va a la panadería de Pocha. Va a la iglesia. Va a las reuniones del Rotary, y también va a mi casa a comprar las promociones de corpiños, vedetinas y trusas. Carmela sale del cesto. Eso sí, a mi casa va en horarios que no anda nadie. Ojalá esa señora pudiera ver la fortuna de otra manera.

Esta carta está hecha de un poco de cada cosa. Quiero contarte que me estoy portando bien. Hago caso a la doctora. Acá me cuidan mucho. Mi meta es ponerme muy bien para poder estar y cuidar a los chicos. También quiero contarte que estoy bastante más gorda. La última vez que me pesé estaba en cincuenta y nueve. Te juro que me agarró un ataque y dejé de comer pan, helado, golosinas. La doctora me dijo que más que nada es hinchazón y que en poco tiempo mi cuerpo se va a establecer. Me corté el pelo como Daniela Cardone y no es que quiera hacerme la linda, pero me queda muy bien, preciosa. Es más, me voy a sacar una foto y te la voy a mandar y veas. También quería contarte que tengo miedo de ir para allá porque la última vez, el “intranquilo”, como le decís, por casualidad no me mató. Me amenazó con lo peor: “nadie buscaría a dos tilingas en lo sucio del Samborombón”. Por eso cuando vaya voy a pasar, antes, por el Juzgado. Escucho, como de costumbre, el cassette de Chayanne. Jamás voy a dejar de pensarte. Gracias a vos descubrí quién soy y aprendí muchas cosas. Te preguntará ¿qué, si tengo muchos años más que vos? Siempre quitás ropa al amor. Una de las cosas que me enseñaste es que existe gente que te acepta como sos y con las cosas que tenés, sean las que sean, y también que existe gente a la que ni un tropiezo la sacude ni saca del canasto.

Bueno, en la próxima carta te contaré más detalles. Espero me escribas prontito. Te pido que te cuides mucho hasta vernos. Mientras, me aferro al último abrazo que me diste y a los besos que ya probaste.

¡¡¡Hasta el próximo cóndor de estampilla, muchachita!!!

Te quiero,

Romina



